



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR
D. CÁRLOS LUIS DE CUENCA.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

TORCUATO TASSO

Nació este célebre poeta italiano en la villa de Sorrento en 1544, descendiente de una antigua y noble familia de Pergamo, y comenzó sus estudios en Pádua, dedicándose á la carrera de derecho; pero bien pronto la viva imaginación del artista, marcando nuevo rumbo á sus aficiones, le hizo ver con escaso interés la seria y fría aridez de aquellos estudios al compararlos con las poéticas armonías y galas con que su número poético soñaba, adivinando para su genio más amplios y risueños horizontes en la profesión



de poeta, que su mismo padre había cultivado. Dejó, pues, la carrera de las leyes, y entregándose al arte con la vehemencia de un alma en la primavera de la vida, compuso á los 18 años un poema caballeresco, género tan en boga en aquellos tiempos en que aún la sublime pluma de nuestro Cervantes no había derribado del pedestal de la poesía el extraviado gusto de las maravillosas y descabelladas aventuras de los caballeros andantes. Tres años después, tras de haber obtenido alguna reputación, fué llamado á la corte de Ferrara por el duque Alfonso II, y acompañó á Francia

Torcuato Tasso.

al cardenal de Este, siendo perfectamente acogido por el Rey Carlos IX. Volvió á Ferrara, y en 1575 compuso para la escena la fábula pastoril *Aminta*, sin rival entre las de su especie, que imitando su género no lograron jamás igualar su mérito.

No bastó este triunfo á su noble anhelo, y escribió despues *La Jerusalem libertada*, obra inmortal en que demostró el génio de Tasso, que no era solamente dulce su citara para interpretar la ideal dulzura de las pastoriles escenas que con ternura tanta retrató en grata y apacible forma, sino que en asunto más grandioso y en más amplia y elevada concepcion, poseía el enérgico y poderoso acento de la epopeya. Todas las naciones admiraron y aún con justicia celebran su épico poema, y es colocado por este concepto su nombre entre Homero, Virgilio y Milton, honor á que le hicieron acreedor lo atrevido y grandioso de la concepcion, la espresion valiente y desarrollo de los caracteres, lo sublime de los pensamientos, la riqueza de las imágenes y la armonia y galanura del estilo.

Al lado de su obra maestra no son en verdad comparables ni su tragedia *Torris mondo* ni sus *Ruinas*, ni la misma *Jerusalem conquistada*, que compuso en Roma en 1593.

Como la nube lanza un rayo sobre las más eminentes alturas, la desgracia parece tambien complacerse en herir á los hombres que sobresalen por su inteligencia; y á Tasso alcanzó tambien la vida de sufrimiento que persigue al génio en el mundo ingrato con las almas que el cielo le envia generoso. A pesar de la proteccion del Pontífice Clemente VIII y los más distinguidos principes, la pasion amorosa que concibió por la hermana del duque de Ferrara, fué para él germen de infinitos pesares, y llegó al punto de extraviar su razon hasta el extremo de estar encerrado por el duque siete años en una casa de locos. No obstante, obtuvo la libertad, y á despecho de sus enemigos y de los injustos críticos que le eran hostiles, triunfó su mérito de las asechanzas de la envidia, y fué coronado solemnemente en Roma; mas al poco tiempo, en 1595, murió de una fiebre que hacia tiempo venia minando su existencia.

C.

FÍSICA.

A semejanza de lo que hemos hecho con la Historia natural hemos pensado dar á nuestros jóvenes lectores noticias ligeras de este importante ramo de la ciencia, que tanto satisface el natural deseo de saber que comienza en el niño por la instintiva curiosidad. — Lo admirable de la naturaleza, que tanto más encanta y recrea cuanto mejor idea nos da de ella el estudio, no solo se aprende en la Historia natural, que se limita á describir y clasificar los numerosos cuerpos de que está lleno el universo, si no que es tambien necesario estudiar las leyes que los rigen estudio más curioso y soberanamente útil.

Convencidos de esta verdad, pero sin olvidar nunca la marcha que desde el principio de esta publicacion nos trazamos, trataremos de facilitar á los lectores, con la mayor claridad y sencillez, las ideas primeras que en otro lugar y tiempo han de amplificar perfeccionándose sus dignísimos profesores.

La física, cuya etimología viene de la palabra griega *Physis*, que significa la naturaleza, se propone adquirir el conocimiento de los cuerpos examinando sus propiedades y los cambios que experimentan al obrar sobre ellos algunas fuerzas materiales.

La primera propiedad y más esencial de los cuerpos es la extension; pues cualquiera que sea su naturaleza, y cualquiera que sea su forma, ocupan un espacio limitado.

Igual á la anterior es la impenetrabilidad, esto es, que dos cuerpos no pueden ocupar á un mismo tiempo el mismo, ó idéntico espacio.

Porosidad es otra de las propiedades de todos los cuerpos, puesto que las partes de que se componen no están unidas y compactas hasta el punto de no dejar pequeños huecos que se llaman poros. Hemos dicho que es propiedad general de todos los cuerpos; pero hay algunos en que á la simple vista pueden apreciarse los intersticios porosos; como por ejemplo la piedra pómez y el corcho.

Los vidrios y jarras de barro nos demuestran la porosidad, si se observa cómo pasa filtrándose el agua á través de su superficie, al parecer compacta, y el agua misma deja pasar por sus poros las burbujas de aire.

Es propiedad de los cuerpos también reducir su volumen al ser comprimidos por una fuerza, prueba evidente de los huecos que demuestra la porosidad; y por el contrario, junto á la compresibilidad está la elasticidad, por la que tienden á volver á su forma ó volumen primitivo, cuando cesa de obrar la fuerza que los comprime.

No todos los cuerpos son distintos de la misma manera, como fácilmente se observa comparándolos entre sí; pero en distinto grado todos están sujetos á esta ley de la naturaleza, y son, por lo tanto, todos elásticos.

Propiedad que á primera vista parece á algunos poco curiosa, y que es admirable á la divisibilidad, que como su nombre indica es la que poseen los cuerpos en virtud de ciertos medios mecánicos para ser separados en partes ó porciones cada vez más pequeñas. Parece increíble hasta qué extremo ha llegado á extremar la conciencia esta propiedad, y algunos ejemplos citados por los autores dan una idea de esta afirmación.

(Continuara)



CUENTOS MORALES ALEMÁNES

VERSION ESPAÑOLA DE C. L. DE C.

EL ZAPATERITO.

En una pequeña villa situada á una jornada de Berlín vivía la viuda de un platero con su hijo único. Ella le mantenía con el trabajo de sus manos, pues la muerte de su marido les había dejado en la más amarga pobreza. Dotada de una actividad incesante, bordaba y hacía calceta día y noche, sin concederse más que breves horas de reposo, pues apenas amanecía comenzaba de nuevo su tarea. Con su trabajo vivía muy humildemente en una modesta guardilla, sin comprar más que una ó dos veces por semana media libra de carne para ella y su hijo. Con el dinero que ganaba hubiera podido tener más cómoda habitación y mejor comida; pero esta mujer, llena de bondad, abrigaba en el fondo de su corazón una gran esperanza, y por ella se entregaba á un trabajo continuo, imponiéndose las más duras privaciones.

El platero, dotado de buen talento para la pintura, nunca había tenido ocasión de perfeccionarse. Había tomado su oficio contra su voluntad, por lo que á pesar de su actividad y su disposición, jamás halló gusto en la profesión á que estaba dedicado. Una serie de desgracias había consumido poco á poco su módico patrimonio, y había muerto en una completa escasez.

Guillermo había heredado el talento de su padre; por esto su madre, con objeto de asegurarle un porvenir más dichoso, se esforzaba en reunir por su trabajo una suma

suficiente para proporcionarle la necesaria instruccion en el dibujo y en la pintura, y para atender más tarde á los gastos de su estancia en las ciudades extranjeras, donde habria de ir á perfeccionar sus estudios.

Tan pronto como llegó el niño á la edad de la razon, le enseñó ella misma á leer, escribir y contar. Cuando el niño habia trabajado bien, le premiaba enseñándole una gran cartera donde se conservaban los dibujos de su marido. ¡Qué placer para Guillermo! Una mirada á lo que contenia aquella cartera era para él preferible á todos los juegos con los demás muchachos. Algunas veces su madre hasta le permitia tomar algunos dibujos fáciles y tratar de copiarlos. Guillermo entónces se esmeraba en trazar con la mayor fidelidad posible, sobre una hoja de papel, las casas, los árboles y los personajes que veia, y frecuentemente lograba, con gran satisfaccion de su madre, representarlos con algun parecido.

Era Guillermo muy laborioso: á los ocho años leia perfectamente, escribia con buena ortografía y contaba con facilidad. Aquella excelente mujer pensaba con secreta alegría en el porvenir de su hijo; le veia partir á Italia, donde todos los artistas van á perfeccionarse, estudiando las obras más notables de los antiguos maestros; le veia volver pintor distinguido, y complaciase con la idea de que grandes personajes vendrian á solicitar sus magníficos retratos, y que dotaria á las iglesias de grandes y sublimes cuadros.

Risueña era sin duda la perspectiva; pero el hombre propone y Dios dispone: la buena madre no alcanzaria esta dicha.

Dolencias físicas la acometieron; muchos meses combatió una tos que minaba sordamente su existencia, sin dejar sus asíduos trabajos, ni reclamar el auxilio de un médico. Cuando al fin reconoció, por desgracia, el peligro de su posicion, derramó amargo llanto con la idea de la miseria que aguardaba á su pobre hijo, cuando le faltasen sus cuidados y consejos. Pero era una mujer dulce y buena y llena de confianza en Dios. «¡Señor, decia en sus oraciones, alejad de mí este cáliz de amargura, si es posible; si no, hágase tu voluntad y no la mía!»

En una hermosa y apacible tarde de es-

tío cogió á Guillermo de la mano y lo condujo al cementerio para visitar la tumba de su padre. Una vez allí, sentándose con él sobre el verde suelo, le dijo:

—Dios va muy pronto á reunirme con tu padre, dentro de alguna semana, tal vez, repose yo á su lado, y entónces, mi querido Guillermo, quedarás solo en el mundo.

—¡No, no, madre querida, no morirás! gritaba sollozando en sus brazos, y si debes tú morir, llévame contigo, que contigo quiero ir donde tú vas, que allí están mi padre y Dios.

La pobre madre se vió obligada entónces á consolar á su desgraciado hijo. Dios puso fortaleza en su corazón y palabras en sus lábios, y habló tan bien que los ojos del niño se iluminaron y la calma volvió á su alma.

Guillermo escuchaba con suma atencion y gran confianza las santas palabras de su madre, y le parecian que todas se grababan en su alma tan indeleblemente, como esculpidas en piedra.

Un pariente de su padre vivia en Berlin, donde ejercia su oficio de zapatero: era el único que tenia condiciones para encargarse de Guillermo, cuando quedase huérfano. La madre, turbada por el dolor, le escribió rogándole aceptase la tutela de su hijo, y le sirviese de padre cuando ella fuese á unirse con su difunto esposo.

Un panadero, vecino de la viuda, la prometió acompañar al niño á Berlin hasta dejarle en casa del zapatero.

La pobre mujer sentia en el fondo del alma una plena confianza en Dios, y tranquilizábase respecto de su hijo, haciendo cuando estaba de su parte en cuanto alcanzan sus fuerzas, y encomendando lo demás al amparo de la Providencia.

Algunos días despues de la visita al cementerio, se vió obligada, á su pesar, á permanecer en el lecho, vencida por el mal, y no volvió á levantarse. Un sacerdote la administró el Santo Viático. Guillermo se arrodilló al pié de su cama, en la hora solemne en que el último consuelo descendia al corazón de su madre, con tanta ternura amada. ¡Cuán poderosa fué la impresion que experimentó y que conservó toda su vida!

¡Cuánto agradeció al Señor, con la efusion de su alma infantil, los consuelos que

enviaba por boca de su ministro á su pobre madre moribunda!

Sólo tenía Guillermo ocho años; ¡pero hay momentos en la vida de los niños que les hacen capaces de comprender el sentido profundo de la palabra divina!

(Se continuará.)

Desde el presente número ha vuelto á hacerse cargo de la Direccion de esta *Revista* D. Carlos Luis de Cuenca; y al tener el gusto de ponerlo en conocimiento de nuestros lectores, nos abstenemos de dedicarle

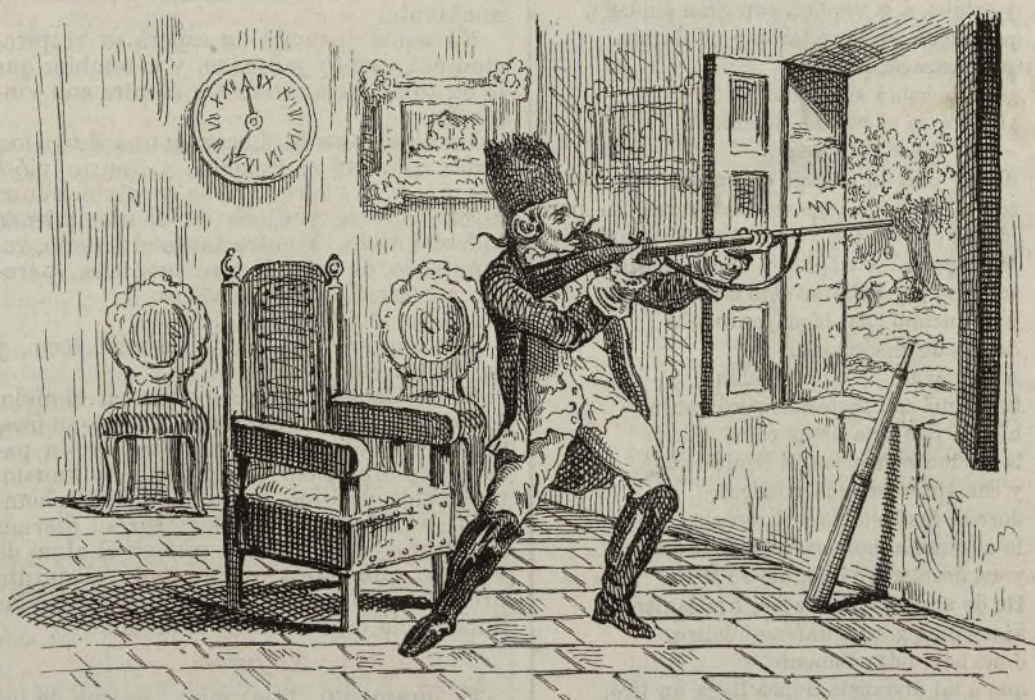
elogios y de felicitarnos, por ruego expreso de su modestia.

CARTA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

Á LOS LECTORES DE

LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA.

A todas las lectoras y lectores,
y Director y colaboradores,
y desde el propietario
al último operario,
que en la *Revista* su trabajo presta,
va dirigida aquesta,
y á todos muy ufano



Aventuras del Baron de Munchausen.

beso, según el sexo, piés ó mano.
Con júbilo he sabido
que ustedes, tan amables, preguntaban
por este pobre ausente dolorido;
y cuando supe que se interesaban
por mi salud, á la dolencia ajeno,
me he puesto de repente sano y bueno.
Sé que ustedes me aprecian, y esto basta,
que no vengo de casta
de ingratos: y esto digo, y es sabido
que jamás he mentido...
sino hablando de caza.
¿Qué cazador no tiene la cachaza
de hacer á su vecino

que comulgue con ruedas de molino?
Esto lo digo reservadamente,
porque yo, con la gente
que no tengo franqueza,
no lo digo: primero
dejaré que me corten la cabeza
que decir que exagero.
¡No faltaba otra cosa!
¡Yo... que tengo una fama fabulosa!!
Por eso muchas veces
no me suelo parar en pequeñeces,
y, vamos, cuento cosas, francamente...
un sí es no es... descabelladamente,
y alabando mi mérito sin miedo

cada bombo me doy que canta el credo!
 Pero me harán ustedes la justicia
 de creerme veraz, que las cuestiones
 de aventurillas... ¡pche! no traen malicia.
 Prometo en las futuras ocasiones
 no contarles hazaña ni aventura
 á no ser verdadera...
verbi gratia, ahí les mando la primera
 que es toda verdad pura.

Como mi paralítica persona
 caminar no podía,
 me he solido pasar día tras día
 sentado en mi poltrona.
 Una tarde esperaba yo un recado
 que un *propio* me traía,
 y estaba, á la verdad, con gran cuidado,
 porque era ya muy tarde y no llegaba.
 ¿Qué pasará, pensaba?
 ¿Qué le habrá sucedido?
 ¿Estará en el camino detenido?
 —Voy á ver si lo veo,
 dije, y pedí un antejo que poseo,
 con el que nada importa la distancia,
 ¡desde el Brasil se ve con él la Francia!
 Miré, pues... y en efecto, el del recado
 se sentó por hallarse algo cansado,
 y se durmió cual bienaventurado
 debajo de una encina.
 Al momento pedí mi carabina,
 la cargué con bastantes perdigones,
 hice la puntería desde casa,
 la encina estaba media legua escasa,
 y con tiros certeros y felices
 derribé las bellotas y el ramaje,
 le cayeron al hombre en las narices,
 y así despierto prosiguió su viaje.
 He de advertir á ustedes, francamente,
 antes de que pregunten si deliro,
 ó me he vuelto demente,
 que á tal distancia nunca llega un tiro;
 pero yo, á fuer de listo y oportuno,
 le disparaba dos en vez de uno.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuacion (1).

Con su mano izquierda separaba de sus
 sienes los erizados cabellos; con la derecha
 oprimía su afilado cuchillo de monte.

Llegó por fin ante la puerta de aquel hu-
 milde albergue. Un soplo del huracán apa-
 gó la llama que ardía ante ella, dejando su-
 mido el espacio en una densa oscuridad.

Luzbel gritó al oído de Fausto:

—¡Anda! y le empujó hacia adelante.

Y á la detonacion de un trueno, repetida
 en las montañas, se mezcló el eco del ge-

mido que exhaló el ángel del Señor, que se
 cubría los ojos con sus alas por no ver lo
 que pasó en aquella choza, y por no mirar
 un hijo convertido en asesino, y á más de
 asesino, ¡en parricida!

Fausto penetró en el interior de la choza,
 buscó en la oscuridad el cuerpo de su vícti-
 ma, y con mano convulsa descargó un gol-
 pe mortal.

Diego, herido por él, exhaló un grito:
 ¡un solo grito! pero bastó para helar la san-
 gre en las venas de Fausto, y para suspen-
 der los latidos de su corazón.

Con la faz cárdena, con el lábio mudo,
 con las manos crispadas, arrastró aquel
 cuerpo que se revolcaba en su sangre hasta
 la entrada de la cabaña, y aguardó que la
 azulada luz de un relámpago iluminase su
 semblante.

En aquel instante de espera su respira-
 cion era ronca y jadeante, y el temblor que
 le agitaba hacía sonar sus dientes con vio-
 lencia.

Los elementos se chocaron: una llama fos-
 fórica alumbró el espacio, y Fausto vió á
 sus pies á su padre, que se revolvía en una
 última agonía y fijaba en él una mirada
 indescriptible. Y entre tanto el trueno, re-
 tumbando de una en otra montaña, pare-
 cía repetir cien y cien veces:

—¡Parricida! ¡parricida!

Al siguiente día Fausto estaba loco, y
 su madre viuda.

El sol había vuelto á brillar en el cielo,
 los campos oreados habían recobrado su fres-
 cura y su belleza; la tempestad había pa-
 sado, en fin; ¡solo en el alma de Fausto,
 maldecido de Dios, maldecido de los hom-
 bres, y rechazado de todos, serían eternas
 la sombra y la tormenta! solo en el alma de
 Fausto, que había quebrantado el quinto
 precepto de Dios, no volverían á brotar las
 flores de la esperanza ni el perdón.

No jurar.

El juramento, hijas mías, es una de las
 culpas que más ofenden á Dios.

Por él violamos sus sabios preceptos que
 nos ordenan decir sí ó no, sencillamente,
 aún en las cosas de que estemos más segun-
 dos; y por él también faltamos al respeto y
 veneracion que le debemos, poniéndole por
 testigo de cosas triviales, indiferentes y aún
 réprobas, ultrajando con ello su santo
 nombre.

Muchos males y ningunos bienes puede
 traer este defecto; pues aquel que no logra
 ser creído por la sola veracidad de su pala-
 bra, en vano recurriría al juramento para
 poderlo conseguir.

¡Cuántas veces un juramento vano atrae
 una desgracia que nada puede remediar!

Escuchad un ejemplo de ello.

Mauricio Alvarez, que era un jóven, casi
 un niño, vivía con su madre en el cuarto
 piso de una modesta casa de Madrid.

(1) Véase la pág. 360.

Hijo único de una honrada familia, había tenido la desgracia de perder á su padre, y con él la posición y el bienestar.

Sólo el amor indecible de su madre había sabido hacer frente á su mala suerte, logrando á fuerza de trabajo, de privaciones y vigilijs que su hijo no careciese de lo necesario.

Más aún, la buena Doña Marta deseaba crear á Mauricio un porvenir, y éste estudiaba para seguir una carrera, escribiendo al mismo tiempo en el despacho de un acreditado escribano, que le daba por ello una corta retribución.

El jóven era honrado y trabajador: amaba á su madre en extremo, y no titubeaba perfecto si un sólo vicio no hubiera oscurecido todas sus demás cualidades.

Era muy ligero en sus juicios: no reflexionaba en sus palabras, y no titubeaba en pronunciar un juramento, estuviera cierto ó no de lo que quería asegurar.

Mil veces su madre le había reprendido este defecto, asegurándole que le traería alguna desgracia su falta de temor y de respeto á Dios.

Pero el jóven desoía sus advertencias y no se enmendaba de su falta.

Así trascurrió algun tiempo.

En la misma casa que vivía Mauricio, y en el piso principal, habitaba también una señora anciana, muy rica, llamada Doña Brígida, á quien la madre del jóven visitaba á menudo, pues que era sola, sin familia alguna, y acompañada de dos criadas únicamente.

Doña Brígida había ocupado más de una vez á Marta en las labores propias de su sexo, recompensándola siempre generosamente, pues se compadecía infinito de su escasez y sus apuros.

—Marta, la dijo un día, conozco su honradez de V.: sé que está atrasada con el casero, y sé que éste la apremia sin cesar para que solvente su deuda, sin que V. pueda efectuarlo.

—¡Oh! señora, contestó la pobre Marta; mi hijo gana bien poco todavía, y el trabajo de una mujer no es nada para atender á las necesidades de una casa.

—Lo sé, replicó la anciana, y quiero hacer algo por V. Hoy he cobrado una cantidad que casi creía perdida, y voy á entregarle la suma que le hace falta, y que luego podrá pagarme poco á poco ó cuando yo la ocupe á V.

Marta dió las gracias á su protectora derramando lágrimas, y aceptó aquel empréstito que tan generosamente se le ofrecía, deseando sobre todo pagar al casero los seis meses que le debía, pues ya la había amenazado con arrojarla á la calle.

Doña Brígida abrió en su presencia el cajón de una gran cómoda de nogal y sacó el dinero necesario, que entregó en aquel ins-

tante á la madre de Mauricio; ésta salió bendiciendo á la anciana.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 384.

Núm. 1.—Enlace de cifras para marcas (litografía).

Núm. 2.—Escondido del mismo género de bordado.

Traje para niño de 4 á 5 años.

Núm. 3.—Aspecto del traje por delante, termina en un gran biés que forma una especie de cinturón.

Núm. 4.—Id. por detrás.

Núm. 5.—Falda plegada por los lados y por detrás, lisa y adornada con botones por delante.

Núm. 6.—Delantero que termina con el biés por debajo.

Núm. 7.—Mitad de la espalda.

Núm. 8.—Manga.

Núm. 9.—Pequeño modelo de bordado.

Soluciones del anterior Director de la *Revista* al geroglífico, fuga de consonantes y rombo, que se insertaron en el núm. 94:

Del geroglífico:

Nos desarrolla el discurso

Como al cuerpo la gimnasia,

El ejercicio frecuente

De laboriosas charadas.

Geroglífico es empero

Esto que no les vá en zaga;

Si bien discurrís ahora

Sacareis en consonancia

Que es este raro *acertijo*,

Geroglífico de chanza,

El libro donde se estudia,

Que con su enseñanza varia

Del autor es hijo y padre

Y hermano, puesto que aclaman

Libro y autor á la prensa

Por madre que los creara.

Don es la primera y *Cruz*

Es la segunda charada.

Si alguno este geroglífico

Descifra en esta semana,

Yo le enviaré al punto en premio

Un ejemplar de mis fábulas.

De la fuga de consonantes:

Estas fábulas, señores,

Atendad á la postdata,

Tienen las tres *bes*, y creo

Que deben todos comprarlas.

Y el escritor, harto humilde,

De que el rombo ahora os habla,

Alfonso E. anteponiendo

Queda en cumplir su palabra.

Del rombo.—OLLERO.

De la charada del número anterior:

PANTALONES.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

